

# 1

Corre como si la persiguiera el mismísimo demonio. Lleva las chanclas en la mano para poder moverse mejor. En su vertiginosa carrera apenas repara en lo que tiene a su alrededor, y tropieza de manera torpe con una papelera. Cae al suelo de manera ridícula, pero se levanta de inmediato para continuar con su huida.

Sea lo que sea lo que la está persiguiendo, cada vez lo siente más cerca. Es noche cerrada y el barrio permanece en un silencio sepulcral, como si contuviese la respiración ante tal horrible escena. Ni un alma por las calles, nadie a quien pedir auxilio.

Otro gruñido, esta vez más cerca, hace que la muchacha acelere de manera desesperada. Pero su cuerpo comienza a fallar y el cansancio se apodera de ella. Se detiene en un portal para coger aliento. Trata de contener la respiración para no ser descubierta, pero la fatiga la hace resoplar de manera evidente. Tras unos segundos eternos, logra relajarse lo suficiente como para centrarse en el silencio de la noche.

No escucha nada salvo el sonido de una moto alejándose al final de la calle. La madrugada es fresca, pero el sudor le recorre el rostro. Le vibra el móvil en la pequeña mochila que lleva a la espalda. Lo saca con cuidado para leer el mensaje y observa la pantalla tratando de tapar la indiscreta luz que sale de la misma. Es Él.

—No trates de huir, amiga. No te merece la pena...

Asustada, bloquea el teléfono y lo vuelve a guardar. Asoma la nariz por el mármol del portal para tratar de distinguir algo entre las sombras, pero no ve nada. Traga saliva y trata de llenarse de valentía, aunque las piernas no la obedecen. Tras unos angustiosos segundos, por fin se decide y vuelve a correr a la

desesperada calle abajo. Cruza sin mirar a pesar de tener el semáforo cerrado, pero le da igual. Solo quiere llegar a la comisaría del barrio, pero aún le quedan dos manzanas hasta su destino.

Al torcer la esquina para llegar a la calle principal, se choca de bruces contra algo o alguien y cae de espaldas, golpeándose la cabeza contra el bordillo de la acera. Aturdida, trata de incorporarse, pero una enorme bota le presiona el pecho. Aunque su vista está borrosa, consigue distinguir una figura. Tiembla de terror.

— ¡Por favor, déjame en paz! — ruega la chica con voz temblorosa.

— Lo haré cuando termine lo que empecé. Es inútil que sigáis escondiéndooos.

En ese momento, un enorme lobo aparece caminando hasta situarse junto a ellos. No deja de relamerse contemplando el cuerpo tembloroso de la muchacha, que lloriquea como una niña. En el silencio de la noche, solo la luna es testigo de tan dantesca escena.

— ¡Haré lo que sea! ¡Lo que quieras!

— Oh, claro que lo harás. De hecho, ya lo estás haciendo.

La primera dentellada le deja al aire la yugular. La siguiente le arranca de cuajo la vida. Entre espasmos, un río de sangre circula calle abajo, dando paso al horror.

Ya puede empezar su festín.

## 2

La tarde finaliza con una ligera neblina, más propia del otoño que del final del verano. La estampa amenaza lo que ha sido una bonita tarde; una leve brisa mece con suavidad los árboles que permanecen fieles al parque que hay junto al camposanto de Villa de Vallecas.

Los jardines cada vez menos cuidados comienzan a poblarse de hojas secas mezclándose con la porquería que suelta la gente sin miramientos, la cual acabará por pudrirse en las calles. Suciedad que empieza a ser una seña de la ciudad.

El pequeño cementerio, engullido por los bloques de pisos que lo rodean, se conserva bastante bien a pesar de su antigüedad. Sus viejos terrenos hacen ahora las veces de parque público, donde los niños y sus familias acuden cada tarde a desfogarse un poco de su ajetreado día a día. El césped, con numerosas calvas rellenas de tierra, sirve de improvisado campo de fútbol para los chavales del barrio. Los más mayores prefieren la oscuridad que ofrecen los árboles para dar rienda suelta a sus botellas de alcohol recién compradas en el chino de la esquina.

Es viernes quince de septiembre, y Yaiza juguetea con los pies descalzos sentada en la hierba. A pesar de la fecha, el calor es aún intenso y todavía no hace como para guardar la ropa de verano.

Con las sandalias a un lado, la muchacha observa el horizonte en busca de alguno de sus amigos, que ya llegan bastante tarde. Mira la hora en su móvil por cuarta vez en apenas tres minutos. Comprueba también el WhatsApp.

— No sé por qué quedan a una hora si siempre hacen lo que les da la gana — murmura por lo bajo. Se decide a escribirle un

mensaje a Laura —: «Llevo sentada en este simulacro de parque veinte minutos...».

Comprueba satisfecha que lo ha leído, ya que el doble *check* azul se chiva de manera bastante indiscreta.

— «Estoy entrando en el parque, agonías».

Yaiza sonrío ante la respuesta de su amiga y trata de buscarla sin éxito. A los pocos segundos comprueba que, en efecto, Laura sube por el camino de tierra junto a Cifu, su chico.

Yaiza se calza. Se incorpora y se sacude el culo con ambas manos para quitarse el polvillo de lo que un día fue césped.

—Hola, parejita. Ya pensaba que me quedaría aquí sola dando de comer a las palomas.

—Si ya nos conoces de sobra, Yaiza. Sabes que este tío siempre tarda media vida en acicalarse; parece una princesa —responde Laura, mirando de reojo a su chico.

—Ya estamos con lo de siempre. ¿Qué pasa? ¿Uno no puede arreglarse un poquito? —protesta Cifu, cansado de la misma broma de su novia.

—Un poquito, para ti, son tres cuartos de hora ante el espejo. Posturitas incluidas.

A Cifu siempre le ha gustado ir a la última, cuidando mucho su aspecto aunque sin dejar de lado su lado rebelde: sus innumerables *piercings*, tatuajes y constantes cambios de peinado hacen de él un tipo peculiar. Pero, lejos de su apariencia *hipster*, se esconde una persona tímida y a la vez bastante divertida.

Fue precisamente eso lo que terminó de enamorar a Laura, una de sus mejores amigas desde que acabaron la universidad. Aquel paso fue determinante para los dos.

Yaiza hace el amago de andar, pero enseguida se detiene al observar que sus amigos se han quedado quietos, mirándola con cara de circunstancias.

— ¿Qué pasa, chicos? ¿No pensaréis en serio que vamos a quedarnos en este parcucho? —protesta Yaiza.

—No. Tenemos que esperar a PJ. Tiene que estar al caer.

Laura no termina de decir esas palabras cuando la voz de un hombre resuena tras ellos: un chico alto, delgaducho y con un simulacro de perilla que evidencia su juventud. Lleva unas gafas de

sol, y su pelo oscuro y rizado le da un aspecto de descuido. Viste completamente de negro. Tras mirar con timidez a Yaiza, se sube las gafas en un acto inconsciente y se detiene frente a los chicos.

— Buenas. Hola, Laura. — PJ se lanza a darle dos besos, mientras choca el puño derecho con Cifu.

— Hola, chaval. Has aparecido como un fantasma.

— Estoy acostumbrado, ya lo sabes.

— Te presento a Yaiza, la chica de la que te hablé. — Laura señala con la cabeza a su amiga, la cual, roja como un tomate, dedica una media sonrisa al muchacho.

— Hola... — musita sin que apenas se la entienda.

PJ, sin contestar al saludo, le da un par de besos. Todos callan, pero las miradas entre ellos evidencian un incómodo momento.

— Bueno, ya estáis presentados. Si queréis nos vamos a una terraza a tomar algo — propone Cifu.

— ¡Sí, por favor! Este parque me da muy mal rollo, tan cerca del cementerio.

— Dentro de un cementerio es donde más tranquila deberías sentirte, Yaiza — responde PJ sin quitarle ojo a la valla metálica que cierra las puertas del camposanto.

Todos comienzan a andar hasta que desaparecen tras el primer edificio de la calle.

Los rayos del sol desaparecen al son de las luces de las farolas que, pegando leves destellos, empiezan a tomar protagonismo en las calles del barrio.

Los amigos ya están sentados en El Francés, una de las cervecerías más conocidas de Vallecas. Manolo, su carismático camarero, hace volar con maestría la bandeja por encima de las cabezas de los clientes, que no dejan de levantar sus manos en busca de ser atendidos.

— ¡Un momentito, parejita! — vocifera Manolo ante la insistencia de una mesa que pide la cuenta con unos aspavientos exagerados —. Qué pesaditos — murmura.

Cifu ha ido un momento al baño acompañado de PJ con la excusa de hacer sus necesidades, pero su intención no es otra que la de atusarse un poco el flequillo.

Las chicas hablan entre risas sin percatarse de las miradas provocadoras de tres chavales que no les quitan ojo desde otra mesa.

— Bueno, ¿qué te ha parecido? Es guapete, ¿eh? — Laura comienza a ejercer de Celestina.

— Sí, es majo. Un poco serio, diría yo.

— David es un tío súper divertido, pero ahora no atraviesa su mejor momento.

— ¿David?

— Sí, así es como se llama, pero lo conocemos desde el instituto como PJ.

— ¿Le ha pasado algo? Lo pregunto por lo que me has dicho. Eso de que no atraviesa por su mejor momento. — A Yaiza le ha picado la curiosidad.

— Bueno, este verano mi chico y él iban a ir juntos a hacer el Camino de Santiago. Llevaban mucho tiempo preparándose para ello. Era una ilusión de PJ, que por lo visto se lo prometió a su padre poco antes de que muriera hace cuatro años. Pero a Cifu le salió trabajo en junio y al final no pudo acompañarlo.

— Vaya. Ahora entiendo su actitud — responde Yaiza.

— No, no; PJ tiene más que superado lo de su padre. Fue una enfermedad larga. Cáncer, ya sabes. El problema vino cuando llegó a León y comenzó el Camino.

— ¿Qué le pasó?

— No pasó nada — interrumpe PJ de manera muy brusca.

Las chicas se sobresaltan y callan al verse sorprendidas, provocando un leve enrojecimiento en las mejillas de Yaiza. No puede evitar sentirse un poco violenta. Cifu guarda silencio también mientras se sienta junto a Laura.

Un silencio incómodo se apodera de la mesa mientras Laura dedica una mirada de reojo a PJ, que juguetea con un palillo. Cifu aprovecha para sacar su estrambótico cigarro electrónico para ponerse a vapear.

— Bueno, ¿pedimos o qué? — pregunta PJ sin levantar la mirada.

— Sí, Manolo ya nos ha visto — responde Laura, levantando las cejas hacia el camarero.

Tras pedir la comanda, el silencio vuelve a apoderarse de los chicos. PJ parte el palillo en dos y lo tira con desgana al suelo. Acto seguido, mira a Laura con gesto serio. Hace lo propio con Cifu. Parece que va a hablar.

— Es una tontería que sigamos con esto. Me siento incómodo y no debería estar aquí. Y vosotros tampoco.

— David, es la primera vez que te animas a salir desde que volviste de Galicia. Creo que va siendo hora de que me cuentes de una puta vez qué cojones te pasó allí — protesta Laura, levantando la voz.

— ¡Si no te he contado nada es por tu propia seguridad! — grita PJ. Golpea la mesa con el puño y provoca que se caiga al suelo el servilletero.

Toda la terraza enmudece mirándolos. PJ permanece en pie sin percatarse de ello, con las manos apoyadas sobre la mesa. Mira fijamente a Laura. Cifu se levanta y apoya la mano derecha en el brazo de su amigo. La aparta de inmediato. Yaiza no sabe dónde meterse.

— PJ, mi niño: cálmate. Vamos a otro sitio. — Laura trata de tranquilizarlo.

— ¡Os he dicho que no deberíamos estar aquí! ¿Por qué has tenido que hablar de eso?

— ¡Pero si no me dices por qué estás así, no puedo ayudarte!

— ¡No necesito tu ayuda! ¡Y tampoco citas trampa para que me obliguéis a salir!

— Bueno, creo que me voy a ir, chicos. Siento mucho todo esto, es por mi culpa. — Yaiza se levanta y se cuelga el bolso del hombro.

— No, espera. Insisto en que hablemos, PJ, y va a ser ahora. — Laura no piensa dejar el tema así.

PJ se sienta sin dejar de mirarla. Tras pasar unos segundos perdido en sus pensamientos, por fin relaja su rostro. Los murmullos brotan de cada mesa mientras el camarero espera junto a un compañero por si la cosa pasa a mayores.

— Está bien. Pero no podemos hablar aquí, vámonos a mi casa — indica PJ.

Todos se levantan y, en silencio, abandonan la terraza dejando a un cariacontecido Manolo con la bandeja llena y si entender nada.

Llegan al coche de PJ. Todos suben y desaparecen calle abajo, hasta coger la Avenida de la Albufera en dirección al barrio de Miguel Hernández.

Tras un recorrido corto y en un absoluto silencio, el viejo Ibiza color verde botella de PJ llega hasta su calle. El chico maniobra con desgana hasta aparcar cerca de su casa. Sin más ruido que el de sus propios pasos, suben hacia el piso del muchacho.

Es un apartamento de una habitación tipo *loft* de apenas cuarenta metros cuadrados. El alquiler es muy barato, lo cual le permite pagarlo él solo.

El desorden se hace evidente nada más cruzar el umbral. Yaiza tropieza al entrar con una caja llena de trastos. Raro para alguien como PJ, que siempre ha sido un maniático del orden.

Simba, el gato que le acompaña, sale del baño y se restriega contra la pierna de su dueño dándole su particular bienvenida; después, huele el pie derecho de Yaiza y, con un gesto de indiferencia, vuelve por donde ha venido. Es evidente que el chico está preparando una mudanza.

Cifu y Laura se sientan en un pequeño sofá azul que preside el centro de la casa, mientras una incómoda Yaiza se queda de pie esperando algún tipo de explicación.

— ¿Puedo vapear, PJ? — Cifu enseña su extraño artilugio.

— Haz lo que quieras.

PJ se sienta en el suelo junto a un montón de CDs aún sin guardar. Respira hondo y, tras tragar saliva, mira a Laura con ojos vidriosos. Cifu duda, pero finalmente enciende su cigarrillo electrónico. Suelta una bocanada de vapor.

— Solo os voy a decir una cosa, y no lo diré una segunda vez: si decidís escucharme, estaréis también en peligro.

— Vamos a ver, David: no mataste a nadie, ¿verdad? Pues entonces, no entiendo lo del peligro. — Laura frunce el ceño en un gesto de preocupación.



—Es que no lo vais a entender. Y no es una cuestión mía, sino de... —PJ calla de repente, consciente de que está empezando a hablar de más.

—¿De quién? ¿Fue algo que te pasó allí? —pregunta Cifu, preocupado.

—¡Está bien! Pero espero que no tengáis planes para esta noche, porque tenemos para largo.



### 3

El ruido característico de la cafetera suena en la cocina. PJ sale disparado para apagar la vitrocerámica. A los pocos minutos, reaparece en el pequeño salón portando una bandeja con varias tazas y un azucarero. Con cierta parsimonia, el muchacho lo deja todo sobre la mesita de centro que tiene frente al sofá. Laura lo acompaña y deposita el azúcar y varias cucharillas.

Todos callan esperando a que por fin David hable, pero parece que no tiene demasiada prisa. Con mucha calma, se sirve tres generosas cucharadas de azúcar mientras lo remueve con la mirada perdida. El tintineo del metal contra la cerámica incomoda a Yaiza, que sigue sin saber qué hace en aquel lugar.

PJ bebe un ligero sorbo y, tras unos eternos segundos, deja la taza sobre la mesa y carraspea profundamente.

— Cuando preparé el viaje con Cifu, lo primero que hicimos fue apuntarnos a un gimnasio. Desde que dejamos el instituto no habíamos hecho mucho deporte, que digamos. Lo hicimos cuatro meses antes y el monitor, sobre todo, nos machacó las piernas. Andad mucho, nos dijo. Cada tarde, al salir, hacíamos el trayecto andando en vez de coger el metro, y eso nos suponía al menos una hora.

— Menuda paliza nos daba el cabrón ese. Todavía me duelen las piernas — añade Cifu, recordando al monitor.

PJ ni le mira. Aprieta los labios, molesto por ser interrumpido. Vuelve a beber de la taza mientras Cifu, al percatarse de ello, hace lo propio y mira de reojo a Laura, que le hace un gesto de silencio. Apaga su cigarrillo por precaución.

— Salí de la estación sur de autobuses a las siete de la mañana, el uno de julio. Llevaba una mochila con la tienda de

campaña, el saco de dormir, ropa como para no volver en seis meses y algo de comida para ir tirando los primeros días. Un mapa del Camino Francés, una linterna y una brújula cerraba el equipaje. No sé si fueron seis o siete horas de viaje, ya que me quedé sobado al poco de arrancar. El madrugón había sido interesante. Me despertó el conductor con el micrófono, vociferando que estábamos llegando a Villafranca del Bierzo, en León. Al bajar y recoger mis cosas, enseguida eché en falta a Cifu; la verdad es que fue una auténtica putada cuando me dijo que le había salido aquel trabajo tan inoportuno.

– Inoportuno y muy necesario, PJ – interrumpe Laura.

– Sí, lo sé, lo sé. Por eso no le dije nada cuando me lo comentó; no soy un monstruo, y sabía de sobra de la necesidad que teníais de ese sueldo. Pero una promesa es una promesa, y por eso no cancelé los planes: si tenía que andar solo, lo haría. Como llegué a mediodía ya no podía ponerme en camino, por lo que decidí dar una vuelta por el pueblo y comer algo en un bar con aspecto de tasca antigua. Aquel antro estaba lleno de abuelos tomando el chato de antes de comer. Al entrar, el murmullo de voces cesó para hacerme un buen repaso visual, justo antes de volver a ignorarme y seguir con sus charlas futboleras. Todos menos una chica que permanecía sentada al fondo del bar, comiéndose un buen bocadillo. Cosa que, por cierto, me provocó un tremendo crujido en el estómago.

– ¿Dónde dormiste esa noche? – pregunta Yaiza.

– Conseguí un sitio gracias a una anciana extraña que regentaba un albergue. Y también a la chica que no dejaba de observarme mientras masticaba con ansia el bocadillo.

En ese preciso momento, suena el móvil de PJ que comienza a botar por la mesita de centro. A Laura se le escapa un ligero grito del susto. Todos callan y el chico se levanta del sofá y mira la pantalla con cara de extrañeza. Contesta.

– ¿Sí...?

Los ojos de PJ se abren como platos y, sin perder ni un segundo, cuelga el móvil. Se levanta del sofá como un rayo y se dirige hacia la puerta de entrada; observa por la mirilla muy nervioso y corre la cadena de seguridad sin dejar de observar al exterior.

Da media vuelta y, con las manos en la cabeza, resopla como si fuera un búfalo. Laura reacciona y le abraza por la espalda, pero PJ ni se percata del gesto de su amiga.

– Pero ¿qué está pasando? ¿Quién te ha llamado?

– Es Él. Creía que todo había acabado, pero no es así. Esto no puede estar pasándome otra vez.

– Cariño, vas a tener que contárnoslo todo si quieres que te ayudemos, porque no entiendo nada – ruega Laura, mostrando un gesto tranquilizador.

PJ se sienta y agacha la cabeza. Tras un largo silencio, abre un cajón que hay en el mueble del salón y saca una caja de zapatos. La abre, y en ella se ven unos cuantos papeles y fotografías. También hay una piedra semitransparente. PJ coge una de las fotos. Tras observarla con detenimiento, la muestra a sus amigos.

– Esta es Esther. La chica que conocí nada más llegar...



## 4

**Villafranca del Bierzo, León. 15:00 h.**

**Unos meses antes.**

El humo de los puros de los parroquianos inunda la estancia de esta vieja tasca; parece que las leyes antibacoo que impuso el Gobierno en su momento pasan inadvertidas en este lugar, dado que una pareja de la Guardia Civil, más propia de un cómic de Mortadelo y Filemón que de un cuartel, fumetea mientras se toman un café.

PJ otea el horizonte sin muchas ganas de quedarse a comer en semejante antro, pero el hambre parece no darle tregua al muchacho. Entre empujones, logra acercarse a la barra dejando caer su enorme mochila al suelo.

El dueño de la tasca lo observa con una mueca de desagrado, harto de tanto peregrino que apenas entra para pedir un vaso de agua o para que le sellen la credencial que, *a posteriori*, otorga el diploma de peregrino al llegar a Santiago.

—¿Qué va a ser, joven? —rebuzna el camarero levantando una ceja.

—¿Tenéis bocadillos?

—La cocinera ya se ha largado, chavalote, pero te puedo poner algo en el pan.

PJ alza las cejas ante la respuesta de aquel tipo, que suda como una gorrina que acaba de subir un monte para comer bellotas.

—¿Y de qué me puede usted rellenar el bocadillo? —pregunta PJ sin muchas esperanzas en la respuesta.

—Tengo algo de tortilla de patatas y embutido. Pero nada que se tenga que cocinar, ni planchas ni *ná*...

— Bueno, pues póngame la tortilla y una Coca Cola. Me voy a sentar a la mesa del fondo.

— Me parece muy bien, pero cuando esté te vienes a por ello.

Con un poco disimulado resoplido, el tipo da media vuelta y, de mala gana, comienza a partir media barra de pan mientras se seca el sudor con el antebrazo.

PJ prefiere no mirar, tiene hambre y no quiere comer con asco. En la mesa de enfrente, una chica lo mira con gesto divertido. PJ levanta ligeramente la cabeza a modo de saludo y sonríe, acto que provoca que la chica se levante cogiendo su vaso y se siente junto a él.

— Menuda mierda de sitio, ¿verdad? — comenta mirando a la barra.

— Sí. Desde luego, deja mucho que desear.

— Me llamo Esther, y perdona mi descaro pero estoy más aburrída que una mona. Eres lo más parecido a mí que he visto en todo el pueblo. — Esther suelta una sonora carcajada que hace que medio bar se vuelva hacia ella.

— Encantado, Esther. Mi nombre es David, aunque mis amigos me llaman PJ. Es por mis apellidos; muy originales, ellos...

— Pues, David, digo... PJ, creo que tu superbocadillo ya está listo. — Señala a la barra, donde el desagradable camarero hace aspavientos con los brazos para hacerse ver.

El chico se levanta con parsimonia y coge el plato donde su bocadillo descansa listo para ser devorado. La tortilla rebosa por los lados, manchándolo todo de grasa.

— Son seis eures, chico — comenta el tipo mientras termina de llenar el vaso con el refresco.

— Tome, muchas gracias.

— ¡Que lo disfrutes con salud! — Suelta una risotada mirando a los demás clientes, que le ríen la gracia.

PJ vuelve a la mesa donde Esther se encuentra trasteando en su móvil con cara de pocos amigos.

— ¡Mierda de cobertura! Si te has traído el móvil, vete olvidándote de poder ver el Facebook y esas cosas. Aquí los datos son una basura.



— Más bien, he venido a desconectar de todo eso.

— Pues chico, yo no puedo. Estoy muy enganchada a todas las redes sociales que existen.

— Yo también tengo mis cuentas, pero al final acabas cansado de tanto amigo virtual. Prefiero el *face to face*. Voy a comerme este mamotreto antes de que muera de inanición.

— Sí, tú come tranquilo.

PJ se siente un poco incómodo ante la insolencia de la chica, aunque prefiere eso que comenzar solo la larga travesía que le espera.

— Llegué cuando la cocinera estaba a punto de marcharse. Al menos, el mío estaba calentito. — Esther sonríe mientras observa cómo PJ trata de disimular con la mano su boca llena de tortilla.

Una vez terminado, recogen sus mochilas y se levantan al unísono. Al salir a la calle reciben un buen bofetón de calor. Es entonces cuando PJ observa con más calma a su nueva amiga: de unos veintitantos años, pelo castaño claro y ligeramente ondulado. Unos ojos de un azul intenso, de piel muy blanca y cuerpo perfectamente torneado.

Esther se seca el sudor y mira a PJ con cara de circunstancias.

— ¿Has venido solo? — pregunta, curiosa.

— Sí, por desgracia sí. El Camino lo preparé con mi colega Cifu, pero todo se torció en el último momento. ¿Y tú?

— A ratos. Se supone que vine con mi amiga Adela, pero como tenemos diferentes ritmos a la hora de caminar, es fácil perderla la pista. De hecho, creo que aún está en el pueblo de al lado.

— O sea, ¿que no empezáis aquí?

— No, somos unas valientes y comenzamos en Roncesvalles, Francia. Vamos, lo que es el Camino enterito.

— Pues ya debes llevar una buena paliza en las piernas.

— Más bien en los pies. Si te enseñó la señora ampolla que me acompaña desde la primera etapa, alucinas. Las chicas de la Cruz Roja ya se han hecho amigas mías y todo. — Esther vuelve a reír a carcajadas, mientras mueve el pie herido con fuerza —. Pero ya no me duele — prosigue la chica —. Si no te importa, y para que no vayas solo, puedes unirme al grupo.

— ¿Grupo? ¿No sois solo dos? — pregunta PJ, confundido.

— Sí, pero aquí acabas conociendo a mucha gente, aunque pocos españoles. De tanto coincidir en los albergues y caminos, al final les acabas cogiendo cariño.

— ¡Pues tengo muchas ganas de empezar a andar!

— Ya te arrepentirás de tus palabras, PJ. El Camino es duro, más de lo que te hayan contado; pero a su vez, muy reconfortante. Ya lo entenderás.

— Llevo entrenando varios meses en un gimnasio, y...

Esther interrumpe al chico con otra sonora carcajada, dejando caer la mochila al suelo y apoyándose con las manos en el bastón de madera que le sirve de apoyo.

— ¿He contado algún chiste? — PJ comienza a no entender el extraño sentido del humor de la chica.

— Cariño, conozco a varios peregrinos que parecen *croissants* de lo hinchados a músculos que están, y alguno de ellos ya estará en su casa curándose las heridas del Camino.

— Bueno, mañana te diré si me ha servido de algo o no entrenar. Por cierto, ¿dónde vas a dormir?

— Si hay suerte, en el albergue; si no, tendré que tirar la tienda de campaña en el bosque.

— Pero ¿no se supone que en año Jacobeo duplican los alojamientos a los peregrinos?

— Eso es lo que te venden, pero cuando quieres llegar al pueblo de destino, están ya hasta el culo. Si tienes algo de fortuna, el Ejército suele distribuir tiendas de campaña de tamaño industrial, pero ya te digo que eso es una puta mierda. Montón de peña apretujada, y un olor a pies que dan ganas de vomitar.

— No suena bien, no señor. He traído mi tienda. Ya me habían comentado algo parecido a lo que tú me estás explicando.

— Pues vente a ver si cuela el dormir esta noche calentitos y en un colchón como Dios manda.

— Te sigo. ¿De dónde eres, por cierto?

— De Barcelona. Tú, por el acentazo, seguro que de Madrid.

— Pues sí. Pero los de Madrid no tenemos...

— ¿Que no? Egggggque... — Esther vuelve a reír con gesto divertido, dándole una palmadita en la espalda a PJ.

La chica comienza a andar. PJ la sigue, curioso. No deja de sorprenderse ante su fuerza y espontaneidad.

Llegan a una especie de casa rural adornada con la famosa concha del Camino y un letrero que reza: «Albergue Los Lobos». Esther entra, decidida, y se apoya en una mesa de madera vieja que hace las veces de mostrador. A los pocos segundos aparece una señora de unos setenta años; viste unas ropas oscuras y roídas. El pelo blanco y largo le cae a media espalda. Su rostro, carcomido por el paso de los años, marca unas profundas arrugas y unos ojos pequeños y oscuros. Su cara es de hacer pocos amigos.

Le da un buen repaso a la muchacha y mira hacia la entrada, identificando a PJ. Parece que le gusta tenerlo todo bajo control.

—Si busca alojamiento, señorita, llega tarde. Aquí no entra ni una mosca.

—¡Pero si son las cuatro de la tarde, señora! Faltan cientos de peregrinos por llegar al pueblo.

—Pues este albergue está lleno. O caminas al pueblo de al lado y rezas, o te vas al monte con los lobos. Quizá con ellos te sientas mejor —gruñe la vieja, frunciendo el ceño.

—Pues muchas gracias, señora. —Esther hace el amago de dar media vuelta.

—Espera... —Interrumpe la marcha de la chica con un gesto de la mano.

La extraña vieja mira con gesto muy serio a Esther y, saliendo del mostrador, se le acerca a escasos centímetros. Puede notar su respiración y su desagradable aliento. Acto seguido, vuelve a mirar a PJ y, al hacerlo, esboza un ligero gesto de sorpresa.

—Sé que tu intención es llevarlo ahí arriba, al monte. Yo no dormiría allí, niña.

—No está prohibido acampar en el bosque durante el Camino, siempre y cuando no haga fuego; ya pregunté al SEPRONA —protesta Esther.

—Conozco perfectamente las normas de mi tierra, niña. Y como he nacido aquí, te digo que no duermas en el monte.

— Pues no tengo otro remedio si su albergue está atestado de gente y el siguiente pueblo está a dos horas.

— Creo que no debo estar explicándome con claridad: estás en El Bierzo, tierra de lobos y de leyendas. Lugar para soñar de día, pero para temblar a la noche. Vete al pueblo y habla con los militares; ellos te darán cobijo.

Ambos callan ante el consejo de la anciana, el cual ha sonado bastante amenazador y desconcertante. La señora retrocede y vuelve al mostrador, donde anota en un viejo cuaderno una dirección. Arranca la hoja y se la acerca a Esther que, con la sonrisa borrada de un plumazo, la acepta con gesto de desconfianza.

— Ve a esa dirección y di que vas de mi parte. Dile que te manda la vieja de Los Lobos y no tendrás problemas; allí podrás pasar la noche y te darán de cenar.

— Pero no voy sola, señora, me acompaña...

— Sé de sobra que no estás sola, insolente — interrumpe de mala gana a Esther.

La vieja sale del albergue y se acerca a PJ, el cual observa la escena sin entender nada. Saca una especie de piedra muy pulida del bolsillo de su bata desgastada y sucia, y se la extiende al chico.

PJ acepta el ofrecimiento y la mira con detalle. Es un cuarzo, o algo parecido. Parece transparente.

— Guárdalo y no lo pierdas, pues llegará el momento en que lo necesites. Ve siempre con él, y cuidaos mutuamente. Él ya está rondando los montes, y no es seguro permanecer en ellos al caer la noche.

— No lo entiendo, ¿quién ronda el monte? — PJ comienza a asustarse.

— Mejor que no llegues a averiguarlo nunca, hijo. Tengo que atender a mis huéspedes. Te deseo un feliz Camino.

Tras estas palabras, la señora abandona la entrada para perderse en el pasillo que da a una de las estancias.

Los chicos callan pensando en las palabras de aquella extraña mujer, mientras PJ sostiene en la palma de la mano la piedra, sin ser consciente de ello. Esther lo mira y esboza una sonrisa.

— ¿Y ahora de qué te ríes? — gruñe el chico ante una nueva burla de Esther.

— Es que pareces Frodo Bolsón sujetando el Anillo Único.

PJ cierra con fuerza la mano y, con una mueca de rabia, se guarda en el bolsillo la piedra. Se echa la mochila al hombro y, mirando de reojo a Esther, comienza a caminar con cara de pocos amigos.

La chica echa un vistazo al papel y saca un pequeño plano que tiene en uno de los bolsillos laterales de su mochila. Tras estudiarlo unos segundos vuelve a doblarlo y, con gesto de satisfacción, señala con el dedo un pequeño camino de tierra que sale del pueblo.

— Es por ahí, mi pequeño y nuevo amigo.

— Pues vamos, que estoy reventado y necesito dormir un poco si mañana quiero ponerme a andar. Esto ha empezado con demasiadas anécdotas.

— Bueno, si yo te contara las que llevo desde que salí de Francia... Podría escribir una novela sobre el Camino y eso que aún me queda la mitad por andar.

— Pues coge apuntes. — PJ está cansado y comienza a andar hacia el camino señalado sin esperar a Esther.

Esta le sigue, levantando las cejas con gesto de resignación mientras vuelve a estudiar el plano para asegurarse de que no van en mala dirección.

El camino de tierra comienza a adentrarse en un tramo boscoso, aunque todavía está dentro del pueblo. PJ no deja de mirar a los árboles; el consejo de aquella vieja lo ha dejado algo tocado y todo le parece extraño en aquel lugar.

Al cabo de unos minutos, aparece al final del camino una cabaña de madera con una pronunciada chimenea. Cuando quedan apenas unos metros para llegar a la puerta, un enorme perro sale de manera inesperada de una especie de caseta fabricada en piedra, ladrando con fuerza. Se queda a los pies de Esther, que al retroceder cae de culo por el peso de su mochila. La gruesa cadena que lo retiene ha evitado males mayores, mientras PJ la ayuda a levantarse.

— ¿Estás bien?

—Sí. Menudo susto me ha dado el puto perro de los cojones. Casi se me sale el corazón por la boca. —Esther trata de recobrar el aliento.

El dogo, que parece de la raza Husky Siberiano, no para de ladrar ni de lanzar gruñidos amenazadores. Muestra sus afilados dientes arrugando el hocico. De pronto, se calma sin motivo aparente y mira al lateral de la cabaña, donde un hombre de unos sesenta años aparece sujetando una cesta repleta de leña recién cortada. Observa a los chicos y deja caer la madera; se acerca al perro y le acaricia con suavidad la cabeza sin dejar de mirarlos.

— Buen chico, buen chico. Siempre defendiendo al amo.

— Esto... perdone el habernos acercado sin previo aviso, señor, pero nos han dado su dirección y por eso estamos aquí. — Esther le extiende el papel que la vieja le dio.

El hombre se acerca y coge la nota. Saca unas gafas del bolsillo de su camisa de cuadros rojos y blancos y las sitúa en la punta de su nariz. Lee con detenimiento y, acto seguido, levanta los ojos para volver a ver los rostros de los chicos.

— Así que la vieja os manda a visitarme. Esa loca siempre con sus ocurrencias — gruñe.

— Su albergue estaba lleno, y al decirle que acamparíamos en el bosque, nos sugirió que antes viniéramos aquí — comenta Esther sin quitarle ojo al perro, que también la mira desafiante.

— ¿El bosque? ¡Oh!, ni se os ocurra pernoctar ahí arriba, no señor. La vieja del demonio ha hecho bien por una vez al aconsejaros que vengáis a mi casa. Pasad, no os quedéis ahí como pasmarotes. — El hombre señala con la mano la entrada de la cabaña.

Esther mira con miedo al animal, que no deja de gruñirle. El señor, al percatarse, empuja de mala gana al perro con la pierna y este retrocede. Se mete en su pequeña guarida de piedra, dejando fuera solo la cabeza.

— Es un buen perro, este Yester, pero lo tengo bien entrenado y no le suelen gustar mucho los extraños. Y menos en esta época. Hay que tener bien abiertos los ojos y en buena forma los cinco sentidos.

—Por aquí no creo que reciba usted muchas visitas, ¿verdad? —pregunta PJ mientras avanza hacia la entrada.

—No, la verdad es que no, muchacho. Es más que nada por pura precaución. No son buenos tiempos para andar perdido por estos lugares. Los más viejos de la zona lo sabemos bien.

El hombre vuelve a por la leña y, dándole una patada a la puerta, se introduce en la casa con ella. Los chicos se miran con gesto serio y lo acompañan, cerrando a su paso.

El hombre deja la cesta junto a la chimenea de piedra y se deja caer con todo su peso en un pequeño sofá, soltando una interesante polvareda. Carraspea profundamente y mira a los chicos con gesto divertido.

—¡Pero sentaos, hombre! Os noto muy tensos; no os preocupéis por nada. Dentro de estos muros estaréis tranquilos y a salvo.

Los dos obedecen. Tras dejar en el suelo junto a la pared sus mochilas, se sientan en las sillas que hay junto a una mesa de madera.

En el interior de la cabaña se respira un agradable olor a madera y todo gracias a su estructura. Varios cuadros típicos de las cacerías con perros adornan una de las paredes, mientras otro enorme de un bodegón, con frutas y varios alimentos, preside la chimenea. Una puerta cerrada al fondo del salón hace entender que la casa no acaba ahí.

—Mi nombre es Esther, y mi amigo se llama David.

—PJ. Me llamo PJ —interrumpe el chico.

—¡Perdonad mi mala educación al no presentarme! Me llamo Vicente, Vicente Gil, y soy natural del Bierzo. Dejad de llamarme de usted que me hacéis sentir un viejo carcamal. — Vicente suelta una ronca carcajada.

—Pues encantados de conocerte, Vicente. Y ya que estamos entrando en confianza, me gustaría hacerte un par de preguntas, si no es molestia —indica Esther.

—Claro que no, muchachita. Estoy acostumbrado a estar solo, por lo que me encanta tener una agradable conversación. Dispara tu curiosidad.

— Tanto la señora del albergue como usted...

— ¡De tú, por favor! — interrumpe Vicente.

— Perdón, es la costumbre de tratar con gente mayor. Pues eso, quería decir que tanto tú como la señora habéis hecho mucho hincapié en lo de no dormir en el bosque. Yo he dormido junto a mi compañera Adela desde que salimos de Francia varias veces en el monte y no ha pasado nada. ¿Debemos saber algo que no sepamos?

El rostro de Vicente cambia de manera radical, pasando a un rictus serio. Se levanta del sofá maldiciendo su perpetuo dolor de espalda, y se acerca a la chimenea; a duras penas consigue agacharse y, arrastrando varios leños quemados con un hierro ennegrecido por el hollín, saca un mechero de su camisa y coge un tronco de los que traía.

PJ se le acerca al ver que le está costando mucho. El hombre lo agradece.

— Maldito dolor de espalda. Va a acabar conmigo — gruñe Vicente, echándose la mano a la columna.

Con varios periódicos enciende el fuego, y con una pequeña fragua comienza a avivarlo. PJ lo sustituye en un amable gesto, lo que hace que el hombre vuelva a su sofá. Esther espera impaciente.

— Por El Bierzo han rondado toda la vida los lobos, jovencita, no es ningún secreto. Y aunque no suelen atacar a los humanos, no es la primera vez que su curiosidad los hace acercarse demasiado a nuestros montes.

— Conozco a los lobos del Bierzo, Vicente. Pero la vieja, perdón, la señora del albergue, se ha referido a «Él» — señala Esther.

— Esa vieja loca está muy mayor, y siempre anda con sus leyendas. No le hagáis caso. Cuando abandonéis estos montes, el peligro de los lobos desaparecerá. Os quedan muchos kilómetros que andar para ello, eso sí.

— Pues a mí me ha dado esta piedra. — PJ la saca del bolsillo y se la muestra a Vicente.

El hombre la coge y la observa con detenimiento, como si recordase algo al mirarla. Se la devuelve y se recuesta en el sofá



mientras su mirada se dirige de nuevo al fuego, cada vez más vivo. El calor se apodera de la pequeña casa.

— Toma, chico. — Le devuelve la piedra a PJ.

— ¿No cree que no es tiempo de encender chimeneas? Me estoy asando — protesta Esther.

— No tardará mucho en caer la noche, y esta choza no tiene la calefacción a la que seguramente estáis acostumbrados. O se caldea la casa desde media tarde, o por la noche aquí no hay quien pare. Respecto a eso que te ha dado la de Los Lobos, ya puedes guardarlo bien. — Vicente mira de reojo a PJ.

— Mire, es una simple piedra pulida que se puede comprar en cualquier tienda, o incluso conseguir en el río — contesta PJ, cansado de tanto misterio.

— Claro, muchacho. Es una simple piedra normal y corriente; pero procura no perderla. No hasta que hayáis salido del Camino.

La voz grave de Vicente retumba en la cabaña como si de repente estuviesen dentro de una profunda cueva, y especialmente en la cabeza de Esther, que comienza a sentirse incómoda allí dentro.

Esta se levanta y, poniendo los brazos en jarras, mira a PJ abriendo los ojos como platos.

— David, ¿te parece que demos un paseo por la zona antes de acostarnos? Me apetece respirar un poco el aire puro de estos bosques.

— Sí, bueno. Venga.

PJ se levanta y rebusca en uno de los bolsillos laterales de su mochila, sacando una pequeña brújula y una linterna. Esther lo mira, sorprendida ante la previsión de su amigo.

— No creo que haga mucha falta todo eso. No tengo intención de alejarme de la cabaña — indica Esther, situada frente a la puerta.

— Y harías muy bien, jovencita. No es conveniente que ahora que estáis aquí, os perdáis y os alcance la noche, o... — Vicente recula, siendo consciente de que ha estado a punto de hablar más de la cuenta.

— ¿O qué? — pregunta Esther, frunciendo el ceño.

—Nada, niña. Aquí anochece antes, y si no conocéis el terreno bien, puede resultar peligroso. De todos modos, Yester os acompañará.

—¿El perrazo asesino de ahí fuera? —gruñe PJ.

—Mi perro tiene muchos defectos, entre ellos el de mearse en la puta puerta, pero no es mal perro. Os defenderá si ve algo raro.

Esther sale de la casa, y enseguida Yester se levanta del suelo gruñendo desafiante. PJ sale detrás y mira desconfiado al perro, que enseguida se calma al ver a su dueño.

Vicente se le acerca y suelta la cadena del collar que rodea el cuello del animal, pero lejos de abalanzarse contra los chicos, este se queda sentado moviendo el rabo mientras es acariciado por el hombre. Acto seguido, Vicente se agacha a duras penas y le susurra algo al oído. Después, mira a los chicos.

—Lo dicho, no os alejéis demasiado. Voy a ir preparando algo de cenar para cuando regreséis, ya que el madrugón que os voy a propinar va a ser de campeonato. —Vicente suelta una estruendosa risotada.

—Descuide, es solo por relajarnos un poco. Estaremos ahí mismo.

Esther comienza a andar junto a PJ siguiendo un camino casi borrado por la maleza que crece salvaje en sus márgenes, mientras Yester los sigue a una distancia de un par de metros.

PJ se vuelve constantemente sin dar crédito a lo que está viendo, mientras mira a Esther para ver si es solo él quien está sorprendido.

—¿No te parece flipante que le haya hablado al oído al chucho y ahora nos siga sin rechistar? —pregunta un desconcertado PJ.

—Ha debido ver mucho *El encantador de perros* en la tele.

Los dos ríen desahogadamente ante la ocurrencia de Esther, la cual, viendo una gran roca al lado de un saliente, detiene su paso y se gira hacia ella.

Las vistas desde allí son espectaculares: varias colinas repletas de árboles, sin apenas dejar ver más allá dada su

frondosidad. Al fondo, unas montañas adornan el bonito paisaje.

Esther saca una cámara de fotos que lleva colgada de su cinturón y comienza a disparar, tratando de plasmar semejante belleza.

— Venga, ponte que te hago una fotito — le indica a PJ, enfocándole a la cara.

— ¡No soy nada fotogénico!

— ¡Otro con ese rollo! Si lo importante es el paisaje, no tú...

— Esther le guiña un ojo y le saca la lengua en tono burlón.

— Qué graciosa. — PJ al final accede, nada convencido.

Ambos se sientan en la roca, mientras Yester se tumba cerca de ellos pero sin dejar de mirar el camino. Parece que espera algo. O a alguien.

— ¿No te está resultando muy extraño el comportamiento de la gente de por aquí? De dos personas con las que hemos hablado, las dos más raras que un perro verde.

— Pues la verdad es que sí, Esther. Mañana lo agradeceré cuando comencemos el Camino.

Yester se levanta como una exhalación y comienza a gruñir mirando hacia el camino. Se le escapa un pequeño ladrido y después vuelve su mirada hacia los chicos.

Es entonces cuando ocurre: un enorme lobo aparece por el sendero a paso lento, como si estuviera paseando. Su mirada está clavada en la de Esther y PJ, los cuales, al percatarse de su presencia, se suben a lo más alto de la roca con un tremendo susto.

El lobo detiene su paso por un momento y los observa con parsimonia. Da la sensación de que les estudia. Un sudor frío recorre la espalda de PJ, que trata de buscar su móvil con cierto disimulo. No quiere realizar ningún movimiento brusco que pueda alterar a la bestia.

Yester continúa gruñendo pero no se mueve de su sitio, mientras el lobo retrocede y vuelve por donde ha venido. Parece que anda a cámara lenta. Da escalofríos la actitud que mantiene. La tranquilidad que manifiesta ha dejado perplejos a los chicos.

Tras unos angustiosos segundos, Yester sale disparado hacia el camino y olfatea el suelo. Parece que ha pasado el peligro. Esther y PJ se bajan de la roca y, sin dejar de mirar atrás, corren hacia la cabaña de Vicente, a unos cuantos metros de allí.

Al llegar, Yester comienza a ladrar muy fuerte, lo que hace que el hombre abra la puerta con gesto de preocupación. Los chicos entran sin siquiera saludar. Vicente vuelve a atar a su perro y se introduce en la cabaña.

Esther permanece en pie dando vueltas por el salón, muy nerviosa. PJ guarda, más tranquilo, la brújula y la linterna en su mochila.

—¿Qué demonios ha pasado? Yester estaba temblando — pregunta Vicente.

—¡Hemos visto un lobo, y era muy grande!

—¿Un lobo? ¿Estáis seguros de eso? — Vicente levanta la voz sin darse cuenta.

—Y tanto. Ha llegado por el camino y se ha detenido frente a nosotros. Ha estado observándonos unos segundos y se ha marchado sin más. ¡Casi me da un infarto! — Esther todavía está muy nerviosa.

Vicente se dirige a la entrada y, sacando una enorme llave de hierro, la introduce en la cerradura y da varias vueltas provocando un sonido metálico que retumba en la casa. Después, echa un cerrojo que está en la parte superior de la puerta, y corre las cortinas.

Se da cuenta de que está asustando a los chicos, pero no puede cambiar su gesto de preocupación. Se frota las manos compulsivamente mientras se asoma con disimulo por una de las ventanas.

El silencio se hace sepulcral, solamente roto por el tictac de un reloj de pared que hay junto a la chimenea y por la madera al ser pasto de las llamas.

—Será mejor que cenemos y que nos acostemos cuanto antes. Esta noche es mejor que pase pronto.

## 5

Un portazo retumba en la cabaña. Esther se sienta en la cama, sobresaltada. Aún está todo oscuro y no logra ubicarse dado el sueño que todavía se adueña de su cuerpo.

Tras unos segundos tratando de ordenar su cerebro, distingue una tenue luz asomando por debajo de la puerta de la habitación donde duerme junto a PJ: unas sombras que cruzan cada pocos segundos. No lleva su reloj en la muñeca y no tiene ni idea de la hora que puede ser, pero tiene la sensación de que se acaba de acostar. PJ duerme a pierna suelta sin que le alteren los ruidos que Vicente está provocando al otro lado, asomando apenas la nariz entre tanta manta. Tal y como predijo el viejo ermitaño, la noche ha sido fría.

Esther se frota los ojos y, tras estirarse todo lo que puede, se pone en pie y dedica una mirada a su nuevo compañero. Sonríe. Abre la puerta y enseguida ve al hombre trastear en la cocina mientras el fuego de la chimenea apenas es visible. Se acerca a Vicente en silencio y se apoya en el quicio de la puerta.

— ¡Coño! Qué susto me has dado, muchacha. — Vicente se sobresalta ante la inesperada visita de Esther.

— ¿Qué hora es? — pregunta ella.

— Las seis de la mañana. Os estoy preparando el desayuno y algo para que comáis durante el Camino. Reponer fuerzas es muy importante.

— ¿Has dicho las seis? No me jodas... — Esther resopla ante semejante madrugón.

— ¿Te parece pronto? Algunos peregrinos salen bastante antes.

— Nunca me había levantado tan pronto para empezar a caminar, la verdad. Desde que salí de Roncesvalles junto a mi

amiga Adela, siempre hemos empezado sobre las ocho, aunque otras veces un poco más tarde.

—Pues pocos albergues libres habréis encontrado, ¿me equivoco? —Vicente esboza una media sonrisa.

—Bueno, digamos que no se equivoca mucho.

—¿Y tu amiga? ¿La has perdido en alguna etapa? —comenta con sorna.

—Para ser exactos, en Ponferrada. Empezó a tontear con un italiano que conocimos en una de las primeras etapas y se me ha quedado un poco atrás. En el siguiente pueblo hemos quedado.

—No os conviene separaros, ni de ella ni mucho menos de tu amigo. Te pido que recuerdes bien este consejo.

En ese momento aparece en escena PJ, con un ojo aún cerrado y completamente despeinado. Los observa a los dos y mira su reloj con gesto de sueño.

—¡Buenos días, Bella Durmiente! —Esther le sonríe.

—Pero ¿qué putas horas son estás? ¡Si todavía ni han debido de colocar el bosque ahí fuera! —refunfuña PJ.

—Acostúmbrate, chavalote. Es mejor que te amanezca caminando a que se te haga de noche. Anda, desayunad y guardaos lo que os he preparado —comenta Vicente, sirviendo en la mesa del salón la comida.

Unas tostadas de pan de pueblo con aceite de oliva y un par de tazas de café recién hecho presiden la mesa. Esther se relame.

PJ, sin embargo, mira el plato con cara de asco. No está acostumbrado a desayunar algo que no sea dulce y menos a esas horas tan tempranas. Coge uno de los trozos de pan y se lo lleva a la boca, mordiéndolo ligeramente y volviéndolo a dejar en la mesa. Mira a Esther de reajo, que ya ha dado buena cuenta de su ración.

—¿No te gusta el pan con aceite, hijo? Lo he hecho yo mismo en el horno de leña que tengo —le pregunta Vicente mientras sirve las tazas de café.

—No es que no me guste, es que a estas horas preferiría un par de donuts con chocolate. Rectifico: me gustaría estar durmiendo.

—Cómo se nota que vienes de la jungla de asfalto. Aquí te acostumbrarás a comer cualquier cosa. Sobre todo, cuando las fuerzas empiecen a desaparecer. Come aunque sea una rebanada y tómate el café. Se te va a enfriar. Unos donuts, dice... — Vicente refunfuña unas palabras ininteligibles mientras intenta recoger el plato de Esther en vano.

PJ obedece y se pone a desayunar. Esther, tras detener la mano de Vicente, se dispone a levantarse para recoger la mesa y ayudar a lavar los vasos y los platos del día anterior.

—¡De ninguna manera, jovencita! Vosotros sois mis invitados y de estas cosas me encargo yo.

—Pero su hospitalidad...

—¡Paparruchas! —corta Vicente a Esther—. ¿En un hotel haces la cama? Pues eso.

La joven deja su plato y su vaso en la destartalada cocina y se va a la habitación donde ha dormido para comenzar a vestirse. Deja la puerta entornada, mientras PJ termina a regañadientes con la tostada y se bebe el café de un trago, provocándole un gesto de asco al encontrarlo demasiado amargo. No ha sido su mejor desayuno, sin lugar a dudas.

Al dirigirse a la habitación, no puede evitar observar a la chica a través del filo entreabierto de la puerta; se queda observando cómo Esther está con el pantalón ya puesto, pero sin la parte de arriba. Su espalda desnuda llama la atención de PJ. Esther busca en su mochila un sujetador. Sin darse la vuelta, se lo pone con delicadeza provocándole al muchacho una media sonrisa. Una gota de sudor le recorre la mejilla hasta acabar en la barbilla. Reacciona y toca con los nudillos en la puerta.

—Pasa si quieres, estoy casi lista —responde Esther a la llamada.

PJ entra mirando al suelo con disimulo, como si no hubiese visto nada. Sus mejillas se enrojecen mientras se rasca la cabeza, nervioso. Esther lo mira de reojo mientras termina de ponerse el jersey y se sienta en la cama para atarse las botas.

PJ solo tiene que calzarse y recoger un poco la cama, por lo que enseguida termina. Permanece unos segundos en silencio recordando el contorno de su espalda. Es como si fuera un

recuerdo del pasado. Vuelve a sonreír. Por fin, salen ambos de la habitación para despedirse de Vicente.

El hombre no les quita ojo. Con gesto de preocupación, se atusa la barba descuidada que lleva. Sin decir nada, vuelve a asomarse por una de las ventanas para observar de manera descarada los alrededores. Aún está oscuro, pero sus ojos ya están hechos al entorno y sabe distinguir a la perfección lo que tiene en las proximidades. Tras carraspear profundamente, esboza una forzada sonrisa y dirige una tierna mirada a sus fugaces inquilinos.

— Bueno, chavales: hasta aquí vuestra visita. Os deseo de corazón que tengáis un feliz Camino; cuidado con las ampollas en los pies y, sobre todo, evitad dormir en el bosque. Antes, hacedlo en cualquier rincón del pueblo en el que os encontréis.

— No me seduce dormir mientras se me comen los bichos  
— añade Esther.

— No es de los bichos de lo que debes preocuparte, chiquilla. Pero no os entretengo más, que al final tanto madrugar no os servirá de nada.

Vicente les da un largo abrazo y les abre la puerta, provocando que Yester lance un pequeño ladrido. El perro esta vez no monta el espectáculo y se limita a mirar a los chicos sin dejar de olfatearlos. Se le nota aún algo inquieto.

— Si por algún casual necesitáis ayuda, marcad este número que os doy apuntado: es el teléfono de la vieja de la posada.

— Dudo que tengamos cobertura ni para llamar a la policía  
— bromea PJ.

— Tenedlo en cuenta. Y no abandonéis el camino marcado por las flechas amarillas bajo ningún concepto. Ellas os llevarán a Santiago.

— No se preocupe, Vicente. Gracias por todo.

Ambos comienzan a andar, deshaciendo el recorrido que hicieron al llegar a la cabaña. Un ladrido ahogado resuena a lo lejos, lo que provoca que PJ se vuelva alzando el brazo a modo de despedida. Cuando ya no queda nada de sus figuras, Vicente desata a su perro y, tras mirar con detenimiento los alrededores, ambos se meten dentro de la casa. El sonido de los cerrojos retumba en el interior de su viejo y carcomido hogar.



Los muchachos llegan hasta la roca donde vieron a aquella bestia y PJ detiene su marcha. Se agacha y observa las huellas de lo que parecen garras de lobo. Mira hacia el camino que se adentra en el bosque, pero la maleza lo cubre todo. No hay nada que indique que van en la buena dirección.

—PJ, no creo que sea por ahí. Según el mapa, tenemos que atravesar el pueblo hasta llegar a la carretera. Ese camino va en sentido contrario.

—Las huellas siguen frescas, y no solo en el camino. Hay más. Muchas más.

—Nos han dicho varias veces que estos montes son el hogar de esos bichos. Lo que vimos ayer es algo habitual. No le des más vueltas.

Tras las palabras de Esther, PJ se incorpora y continúan la marcha. Enseguida llegan al pueblo y pasan de largo por el albergue de Los Lobos. La puerta permanece abierta de par en par, pero ni rastro de la vieja. Un peregrino con cara de sueño permanece en pie con la mochila puesta y la mirada perdida.

Tras media hora andando, la primera flecha aparece al abandonar la localidad de Villafranca del Bierzo, la cual los mete en plena carretera nacional.

Ambos se muestran contrariados, ya que el asfalto no es la mejor opción para andar, y mucho menos en una vía de doble sentido y con poca visibilidad.

Esther juguetea con su largo bastón de madera mientras es observada por PJ. El día no termina de arrancar y los primeros camiones pasan demasiado cerca de ellos.

—¿De dónde has sacado ese palo?

—Lo compré en Francia nada más arrancar, pero te meten una clavada muy seria. Si quieres uno lo mejor es coger una rama que encuentres y que te haga la misma función. En estos momentos lo que hace es estorbar, pero cuando el camino se empine, créeme que te vendrá bien un apoyo.

—Te haré caso, qué remedio. Por cierto, ¿no hay otra forma de llegar al siguiente pueblo? Están pasando los camiones rozándome el brazo.

— Las flechas indican que es por aquí, PJ. Supongo que más adelante entraremos en el camino de tierra.

Los primeros rayos de sol muestran el intenso verdor que adorna cada lado de la carretera que une Villafranca con Vega de Valcarce. Catorce kilómetros los separan en estos momentos, y a pesar del buen ritmo que llevan, apenas han llegado al primero.

Una de las flechas se desvía a la derecha, separándose por fin de la peligrosa carretera y siguiendo por un margen que muestra lo que parece una pequeña senda. Otra flecha confirma que van bien.

A lo lejos se escuchan unas voces de lo que se supone son otros peregrinos. Cuando Esther y PJ se acercan lo suficiente, observan un pequeño grupo que ultima su puesta en marcha.

Alguno aún trata de plegar su tienda de campaña mientras otros se encuentran ya listos para ponerse en marcha. Uno de ellos levanta la mirada y se percata de la presencia de los chicos. Alza el brazo derecho en señal de saludo.

Ambos se acercan al grupo y, tras detenerse, el chico va hacia ellos sonriente.

— ¡Buenos días! Qué madrugadores sois, ¿no? — vocifera el muchacho con un marcado acento gaditano.

— Por desgracia, sí. ¿Habéis acampado aquí? — pregunta Esther.

— Sí, *shiquilla*; en Villafranca estaba todo completo y tratamos de alcanzar el siguiente pueblo, pero se nos hizo de noche. Y aquí nos quedamos. Por cierto, mi nombre es Adán. — El chico extiende la mano para estrecharla con los dos.

— Encantada. Soy Esther, y él PJ.

— ¿Como el de los Back Street Boys? — Adán se marca una gracia que no hace más que fruncir el ceño de David.

— Ese era AJ. Me llamo David.

Adán arquea las cejas dándose cuenta de que no le ha hecho gracia su comentario. Los demás compañeros del gaditano se acercan curiosos a los chicos hasta formar tras Adán, que se vuelve y le da una palmada a uno de ellos.

— Os presento: este de la gorra roja se llama Quique. No os preocupéis por él, es así de feo el *hioputa*. Su madre, en vez

de darle el pecho, le dio la espalda. — El comentario hace que Quique le suelte una colleja —. Y los demás son Begoña, Rubén y Pepe, que es mi *shorbi*.

— ¿Tu qué...? — pregunta Esther con gesto divertido.

— Mi novio, coño. Cómo se nota que tenéis acento finolis de *Madri*.

— Supongo que sois de Cádiz, ¿verdad? — pregunta PJ.

— De la mismísima Tacita de Plata, *pishita*. ¿Os unís a nosotros?

— Claro... — Esther mira de reojo a PJ, que no parece muy convencido.

— Pues venga, *amonó*. Estoy hasta los *cozones* de dormir al raso. Menudo frío, *killo*.

Tras unos minutos esperando a que Quique termine de plegar su tienda, por fin se ponen en marcha. Se adentran en una especie de bosque plagado de pinos. Siguen un marcado camino de tierra donde cada equis metros aparece una piedra con la famosa flecha marcada con pintura amarilla. Rubén despliega de vez en cuando un plano y lo estudia como si comprendiera algo de lo que pone, para acto seguido guardarlo y rascarse la cabeza sin haber entendido nada.

PJ se siente incómodo ante la presencia del grupo gaditano. Sobre todo porque en su cabeza comenzaba a volar la fantasía de conocer mejor a Esther. Ahora, la poca intimidad que podrían tener se ha esfumado.

La chica se desmarca de sus nuevos acompañantes lo suficiente como para que su conversación pase inadvertida. Apoya la mano en el hombro de PJ y le dedica una sonrisa.

— No te ha hecho ni puta gracia, ¿verdad?

— Creo que vas empezando a conocerme. La verdad es que no, Esther.

— Pero el Camino es conocer a gente, PJ. O si no, mira cómo nos hemos conocido tú y yo. Sé que has venido por una promesa, según me contaste, pero déjate llevar y disfruta de la experiencia.

— Supongo que tienes razón. Me alegro mucho de haberte conocido.

—Y yo también. Pero sí que es verdad que tienes un mote de cantante de *Boy Band*. — Esther le saca la lengua a su amigo.

PJ sonríe. Los dos se miran a los ojos de una manera especial, sin darse cuenta de que se están alejando demasiado de su nuevo grupo.

—¡Parejita! —grita Adán desde la otra punta de la arboleda—. No os quedéis atrás que se os comerán los lobitos del Bierzo.

Los dos vuelven del momentáneo trance para cerciorarse de que se han quedado solos. Cortados por el momento vivido, aceleran el paso para unirse de nuevo a ellos.

—¿Sois novios? —pregunta un indiscreto Adán.

—No, no. Nos hemos conocido ayer en Villafranca —responde muy apurada Esther.

—Uy, disculpad. Me daba la sensación que...

—Pues no lo somos —interrumpe bruscamente PJ.

Adán capta el mensaje ante su desafortunado comentario, y con una sonrisa en los labios, da media vuelta y prosigue el camino.

Desaparecen en la arboleda dejando un silencio solo roto por el trino de varios pájaros que abundan en la zona. A unos cuantos metros, camuflado entre la maleza que adorna el monte leonés, aguarda Él. Expectante. Observándolo todo. Se relame.

Y sus lobos esperan la primera orden.